

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA

MENCIÓN PSICOPATOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

TRABAJO DE TITULACIÓN

TÍTULO:

**SABER Y VERDAD EN LA CLÍNICA CON NIÑOS. APORTES TEÓRICOS DEL DISCURSO
PSICOANALÍTICO**

(MODALIDAD: CAPÍTULO DE LIBRO)

ESTUDIANTE: LUCIANA BELÉN PINTO

DIRECTORA: MARÍA ISABEL DURANGO, PhD.

QUITO, 2021

Resumen

El presente escrito aborda las nociones sobre *saber y verdad* en los desarrollos teóricos del psicoanálisis. Analiza sus implicaciones en la práctica analítica con niños, al sostener que la existencia de posiciones polarizadas en torno a lo que el niño dice, expresa o denuncia en el medio familiar, educativo o social, produce consecuencias particulares en el modo en que se constituye cada sujeto a partir de los significantes que le oferta el Otro. Recoge referencias de S. Freud y J. Lacan, vertidas a lo largo de sus obras, con el fin de superar las consecuencias que derivan del desconocimiento de estos conceptos. Como eje teórico sostiene que la especificidad de las nociones de saber y verdad, posibilitan el pasaje del *niño objeto* al *niño sujeto analizante* de pleno derecho, desentramándolo de las redes de la mentira o la verdad que se vehiculiza en su decir. La experiencia clínica permite ilustrar el modo en que se realiza una relectura de las mentiras o cuestionamientos del niño, para transformarlos a un valor de significantes que fundamentan su efecto en una estructura de lenguaje, y a partir de la cual, se hace posible una intervención que, más allá del sentido, permite incidir en el goce presente en su síntoma singular. La propuesta transita el carácter de ambigüedad que recae sobre las nociones, en el intento por superar la tensión con miradas que, por su apelación a la racionalidad o sentido común, desconocen al niño en tanto sujeto analizante, pudiendo redoblar una posición de vulnerabilidad.

Palabras clave: Saber, verdad, sujeto, niños, discurso psicoanalítico.

Abstract

Knowledge and Truth about Childhood Psychoanalytical Practice. Theoretical Inputs of the Psychoanalytical Discourse.

The current paper (writing) approaches the notions about knowledge and truth on the theoretical developments of Psychoanalysis. Therefore, it aims to analyze the repercussions in the analytical childhood practice, by stating that biased opinions based on what children say, express, or claim in their

family, educational and social settings have particular consequences founded on the signifiers that the Other provides. Fundamental references from S. Freud and J. Lacan were gathered in order to overcome the consequences that result from the lack of knowledge on these concepts. It is argued that knowledge and truth specificities enable the passage from children objectification to analysand children in their own full rights, releasing them from the lie – truth entanglements of their words. Clinical experiences are shown to illustrate the way children’s lies or questioning could be re-read by giving them the value of signifiers that found their effect on a language structure, and thereon an intervention is possible, which far from the common sense pursuit, allows to have an impact on a singular symptom enjoyment -jouissance-. This proposal goes over the ambiguity that encompasses these notions, which, appealing to rationality or common sense, do not recognize children as analysans and consequently their intrinsic vulnerability could be increased.

Key words: Knowledge, Truth, Subject, Childhood practice, psychoanalytical discourse

Saber y Verdad en la Clínica con Niños. Aportes Teóricos del Discurso Psicoanalítico.

“La técnica (psicoanalítica) no puede ser comprendida ni correctamente aplicada, si se desconocen los conceptos que la fundan” (Lacan, 1953/2009, pág. 239). Desde aquí encuentra su relevancia la revisión de las nociones de saber y verdad para analizar sus implicaciones en el ejercicio de la práctica clínica, en tanto una práctica que se funda en la ética del deseo del analista. Estas nociones resultan fundamentales desde el origen mismo de la práctica, y al momento actual permiten superar la encrucijada que plantea la propuesta psicoanalítica sobre su ambigüedad con los mismos fundamentos aportados en la teoría.

El interrogante sobre el estatuto que se le da a la palabra del niño, orienta al analista hacia la exigencia de sostener una posición fundamentada, basada en la premisa de que las distintas manifestaciones del niño, no solo su palabra, sino su juego y sus dibujos, se incluyen en una lógica significativa y revelan las coordenadas estructurales que lo posicionan en un padecimiento singular. La pregunta sobre qué entender por saber y verdad para el psicoanálisis, sostiene una tensión con miradas que por su apelación a la racionalidad o sentido común, desconocen al niño en tanto sujeto analizante.

La existencia de posiciones polarizadas en torno a lo que el niño dice, expresa o denuncia en el medio familiar, educativo o social, producen consecuencias particulares en el modo en que este niño se constituye a partir de los significantes que el Otro le oferta. El discurso de derechos lleva a los agentes educativos, judiciales y de la salud a radicalizar lo que el niño dice como verdad, y en el otro extremo, existen aquellos que aún hoy descreen lo que el niño dice, redoblando eso que dan en llamar su vulnerabilidad, cuando aquello que expresa como síntoma o incluso antes de él, es puesto en tensión ya sea por implicarlo en una responsabilidad forzada, por la incuestionable verdad de lo que dice o por el descreimiento en lo que dice por el rasgo de lo fantaseoso. Así, la pregunta necesaria para el analista que trabaja con niños es ¿cómo maniobrar en la práctica con la demanda de certezas sobre la mentira o la verdad que expresa el sufrimiento de un niño? La hiancia, falla o desgarradura (Lacan, 1953-54/2001)

entre los sistemas simbólicos religioso, jurídico, científico y político, coloca al practicante del psicoanálisis frente a la responsabilidad de dar cuenta del modo en que sostiene el discurso del niño como suspendido entre saber y verdad (Lacan, 1966/2009). En tanto sujeto del inconsciente, el niño habita esa división de la cual nace y se constituye en tanto sujeto analizante (Daumas, 2018) quién tomará la apuesta junto a un analista para un tratamiento posible de su real¹.

El presente escrito decantó en una elaboración teórica producto de la revisión de las obras principales desarrolladas por los autores S. Freud y J. Lacan, referentes clásicos fundamentales de la teoría y la práctica psicoanalítica. La selección de los textos incluye aquellos que mencionan o abordan los conceptos a revisar en los distintos momentos de la obra de Jacques Lacan, y referencias fundamentales que sostienen la argumentación recogidas de la obra de Sigmund Freud. Breves referencias fueron tomadas de la práctica particular con el fin de enriquecer la revisión y análisis teórico. Con el fin de sostener una posición ética rigurosa, da cuenta de la autoría de las obras citadas dejando constancia de las mismas según el formato y estándares establecidos en la American Psychological Association (APA).

Marco Teórico

Del “No Creo” a la Suposición de Saber

“No creo más en mi neurótica” (Freud, 1897/1986, pág. 284) es la formulación freudiana que como antecedente fundamental ubica la problemática del saber y la verdad. Inaugura allí la dimensión de la verdad que no remite a una adecuación con la realidad material, sino a un decir en un discurso (Allier Montaña, 2007). Por otro lado, eleva el núcleo de un no saber a la categoría de un concepto, instituyendo allí el pivote fundador de la teoría: el inconsciente. Su nacimiento, se produce cuando de manera inédita acepta escuchar lo que el sujeto histérico tiene para decir sobre su síntoma (Freud, 1893/1992). Ubica ese

¹ Práctica analítica es el término que elegimos para referirnos a nuestra labor, siguiendo la definición que nos brinda Lacan (1964/2010) de *praxis*, en tanto posibilidad de tratamiento de lo real por medio de lo simbólico.

saber no sabido del lado del paciente, en tanto virtud analítica primera que suspende el saber científico en el mismo instante en que este se revela en falta, puesta en juego de una docta ignorancia².

A partir de allí, la indicación clínica ubica que la única actitud correcta ante las producciones del alma es la de otorgarles el carácter de una realidad psíquica y dirá que, en el mundo de las neurosis, ella es la decisiva (Freud, 1916-17/1991). Como regla fundamental, erige la asociación libre, y del lado del analista, la atención pareja, que permite brindar igual valor a todo cuanto surja como material, sin desestimar ni abolir nada, incluso son para Freud los elementos ínfimos, inciertos y menos destacados del contenido del sueño, por ejemplo, los que otorgan la clave de lo que se esconde, incluso más que aquellos otros elementos conservados con nitidez y certidumbre.

Desde ese momento fundador se habilita un más allá de la escala de apreciación de lo que es seguro y lo que no lo es, atribuyendo un valor de huella a todo lo que acontece respecto al sujeto. El “yo miento” adquiere estatuto de verdad, develando que puede haber verdad en la mentira, o incluso un inconsciente que “puede ejercerse en el sentido del engaño” (Lacan, 1964/2010, pág. 45).

Mentiras que dicen la Verdad. Retazos de la Práctica

El analista ¿miente o devela la verdad?

En una maravillosa ocasión de esas que regala la clínica, un niño confiesa su desilusión con respecto a su analista: denuncia que le ha mentado. Luego de observarla verdaderamente sorprendida, le aclara que en realidad no es que le ha mentado, sino que ha descubierto una mentira que la implica directamente. Confieza haber descubierto que con un analista, no –sólo– se juega. La puesta en juego de una doble faceta a través de los personajes de ficción, develan la verdad sobre su peor rostro. La desilusión tal vez se ubique en esa experiencia como un develamiento, un pasaje del campo del saber al

² Hacemos uso del concepto tomado de la obra de Nicolás de Cusa, y referido en la obra de Lacan, para abordar la dimensión donde el analista, más allá de su saber, ignora. Posición conveniente que se juega entre saber y no -saber para habilitar el decir del sujeto en análisis.

campo de la verdad, o viseversa. Eso es muy importante. Punto de llegada donde un analista de niños permite descubrir el rostro genuino de lo que configura un sintoma, por ejemplo, ¿cómo saber esquivar el imperio femenino, uno que con boca de cocodrillo, amenaza con morderlo una y otra vez? Como toda verdad, siempre provisoria, cada sintoma podrá presentarse como provisoria solución.

“¿Acaso no sabes que me gusta engañarte?”

Los golpes que un niño lanza exceden el calificativo descalificativo que lo define como violento. ¿Acaso no existen esos otros que se imponen al niño con su saber como término de incuestionable verdad de ley y orden? Cada niño podrá, en un espacio clínico, construir un discurso sobre lo familiar y descubrir qué sabe sobre una madre y sobre un padre, o bien, cómo ha elegido, en el sentido de una elección forzada, posicionarse en relación a estos saberes que la marcan, lo definen, o lo invaden. Podría decirnos de entrada quién cree ser y qué le pasa, al modo de un saber al que consiente: “Para que sepas, funciono a los golpes”. Consentir a un saber puede ser su inicio en el análisis. Decirlo, lo embarca en un primer reconocimiento de un saber Otro en tanto dimensión de goce.

Un niño también podrá inquietarse, por estructura, cuando el otro quiere saber y más aún, cuando quiere saber sobre él. Incluso podría inquerir al analista sobre las preguntas que le dirige: ¿Y tú por qué preguntas? ¿Por qué me haces hablar? Saber no es igual a querer saber. El analista, respecto del sujeto, nada sabe. Es en transferencia que el analista podrá poner en juego una barradura del Otro, que sigue la indicación lacaniana de sumirse a las posición subjetiva del paciente. Los puños apretados se relajan cuando detiene al Otro y a su goce que avanza. Si logra ceder en su defensa, podrá reescribir su historia y preguntarse, en un querer saber, sobre el deseo del Otro. Los niños suelen preguntar y querer saber sobre su analista: ¿Eres madre? Pero ceder en la defensa no es tan fácil. Si advierte que el analista lo hace hablar y se ve implicado en esa historia que ofrece al saber del Otro, anclará su discurso y por ejemplo, podrá virar en un pedido a jugar. Como si jugar, dejara de decir.

La producción de un discurso con palabras propias, que enuncian un saber propio más allá del saber del Otro. Caída del significante que aliena y entrada en la función del deseo en el momento mismo en que se formula la pregunta ¿Tú, qué quieres? (Lacan, 1969-70/2008). La división emplazada con el nacimiento de un efecto de verdad no es más que el resultado de una “caída de saber” (Lacan, 1969-70/2008, p. 202).

El juego que se despliega en las entrevistas puede configurarse como el lugar privilegiado de desplazamiento del goce no localizado en el Otro que sabe, hacia la localización del goce en personajes y ficciones que permiten limitarlo a cierto marco. Las pantallas que permiten el trabajo en lo contemporáneo, también son un medio que se configura como vía regia para saber hacer con el goce. La pantalla que se activa o no, es un intento de domeñar ese goce. Incluso la modulación de la voz y los personajes que se encarnan en la ficción permiten darle presencia o ausencia, o menos consistencia. El analista entra de lleno en el juego y sus intervenciones acompañan en este intento de domeñarlo. Mostrar un rostro atemorizado, como forma de barradura frente al goce del Otro, despierta en el niño que ya ha realizado su recorrido, una apuesta activa por poner en juego un intento de tranquilizar a ese otro de la transferencia que se encarna en el analista. Cuando él ya sabe tranquilizarse. Apaciguar, en ocasiones, apacigua: “Tranquila, ¿acaso no sabes que me gusta engañarte? Soy bromista, ya lo sabes”.

El juego, entonces, delimita un punto de inflexión ya que pone corte al goce del otro, y permite el despliegue de un saber de estructura, más allá de las palabras. El ataque se pone en juego, los golpes que aniquilan pueden introducirse en la transferencia. El goce se despliega y se deshace cuando jugamos a matar y y nace el llamado que provoca que reviva, y que el niño, en tanto sujeto, nazca. Las sesiones son ese lugar privado que lo protege, donde hacer confesiones al modo de un saber propio a resguardo del Otro: “Hablemos bajito, que nos escuchan”.

El niño que despliega una pregunta o un saber sobre el deseo del Otro, habita en lo vasto del enigma y le permite nacer en tanto objeto, no pasivo, sino objeto causa del deseo. Podrá preguntar a su

analista: ¿A que no sabes? Y a partir de allí, hablar en nombre propio o plasmar en el juego ficcional de la familia, la pregunta sobre cómo hacer para criar a un hijo: ¿Cómo ser hijo y habitar en el deseo del Otro?

Mentiras, Entre Saber y Verdad

Son variadas las ocasiones en que niños analizantes que atraviesan una escucha analítica, presentan la oportunidad al analista para que se pregunte cómo una mentira introduce en la dimensión del saber y la verdad. Cada uno a su manera, enseña sobre esta dimensión que se presenta siempre y cada vez como un desafío al analista que apuesta por la práctica con niños, ya que puede fácilmente hacerle presa de ella, es decir, creerle o desmentirle, en el más común sentido de los términos.

¿Cómo se Constituye el Sujeto?

Cuando un niño habla, se ubica en el campo del lenguaje y accede a la función de la palabra. Es en esa estructura como el ser viviente nace en tanto sujeto del inconsciente, cuando toma del Otro los significantes de los que será efecto, lugar donde armará la cadena que rige todo lo que expresa como saber. En sus juegos de repetición, constituirá el par presencia-ausencia que determinará un más y un menos como primer resorte de un orden simbólico (Lacan, 1956-57/2008), y en su dependencia significativa respecto del lugar del Otro, será por dos operaciones, alienación y separación, como se realizará. Mediante la alienación, el sujeto se petrifica en el movimiento mismo de aceptar dejarse representar por otro significante. Así, el sujeto tomado entre los significantes, espera en esa pulsación temporal que marca el punto de partida del inconsciente o su cierre.

En ese fading del sujeto, en esa latencia, depende de un corte o de la instauración topológica de un borde donde la separación se instituye tan esencial como la primera operación. Siguiendo a Lacan, es en ella donde asoma el campo de la transferencia: “en los intervalos del discurso del Otro surge en la experiencia del niño algo que se puede detectar en ellos radicalmente - *me dice eso, pero ¿qué quiere?*” (Lacan, 1964/2010, p. 222), marcando que es a partir de la aprehensión de esa falta en el Otro como el sujeto asoma, aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en sus fallas. Lacan ubica que los por qué

del niño no buscan la razón de las cosas, sino que, constituyen una puesta a prueba del adulto, un enigma sobre el deseo del adulto.

Ante la captura, el sujeto puede responder con su propia falta, su propia desaparición o su propia pérdida jugada en el Otro del deseo parental. La articulación que Lacan propone se presenta bajo la pregunta ¿puedes perderme? El fantasma de su muerte, de su desaparición, es el primer objeto que el sujeto tiene para poner en juego en esta dialéctica. Una falta intenta cubrir a la otra. La estructura incluye esa falta, delimitando la incompletud propia a todo orden simbólico.

Las distintas estructuras clínicas se conforman de acuerdo a la inscripción o no de la falta, del significante de la falta en el Otro, que no la cubre, pero la indica en tanto operación. El sujeto queda tomado así en la neurosis como objeto del deseo del Otro, inscribiendo su falta a partir de la extracción del objeto a, instituyéndose en tanto objeto causa del deseo.

La reflexión teórica necesaria ubica el interjuego entre el sujeto del significante y la teoría del objeto, necesarios para “una integración correcta de la función de la causa en cuanto al sujeto del saber y de la verdad” (Lacan, 1966/2009, p. 831).

El Nacimiento de la Verdad en la Palabra

Cuando se abre la partida en el juego de la realidad de la palabra, todo lo que el sujeto dice pasa a estar siempre en la dimensión de un engaño posible, ya que es con ella con la que introducimos la dimensión de la verdad (Lacan, 1953-54/2001). Así, Lacan (1953/2009) ubica cómo

la ambigüedad de la revelación histórica no proviene tanto del titubeo de su contenido entre lo imaginario y lo real, pues se sitúa en lo uno y en lo otro. No es tampoco que sea embustera. Es que nos presenta el nacimiento de la verdad en la palabra y tropezamos con la realidad de lo que no es ni verdadero ni falso. (p. 248)

En 1953, Lacan instituye al lenguaje como medio en la acción de la palabra. En su estatuto de “zumbido ensordecedor”, lo recusa frente a “la instancia de verdad que la palabra supone” (p.149). Interferencia del código que miente vía el sentido común o vía la reabsorción del saber analítico en la psicología general (Lacan, 1954-55/2008) y adentra en el olvido poco ingenuo de la dimensión significante de la actividad humana, aquella que la coloca frente a la posibilidad de un cambio de signo en el transcurso de un diálogo.

Lacan rechaza la definición clásica de la filosofía occidental; escribe que la palabra aparece tanto más como palabra cuanto menos fundada está la verdad en lo que se llama la adecuación a la cosa (Lacan, 1955/2009a) El significante no designa la cosa, representa al sujeto.

Es claro que la Palabra no comienza sino con el paso del fingimiento al orden del significante y que el significante exige otro lugar —el lugar del Otro, el Otro testigo — para que la Palabra que soporta pueda mentir, es decir, plantearse como Verdad. Así, es de un lugar otro que la Realidad a la que concierne, de donde la Verdad saca su garantía: es de la Palabra. Como es también de ella de quien recibe esa marca que la instituye en una estructura de ficción. (Lacan, 1960/2009, p. 768)

Así, es mediante la estructura y función de la palabra que el sujeto testimonia un sentido más verídico que todo lo que expresa con su “discurso de error” (Lacan, 1953-54/2001, p. 387). Con el niño, el analista ratifica que dice la verdad, no sobre el mensaje que pretende brindar, o lo que pretende informar, sino sobre su posición en tanto objeto o en tanto síntoma, en la estructura familiar (Lacan, 1969/2010). Es en “Dos notas sobre el niño”, donde Lacan (1969/2010) ubica al síntoma del niño como representante de la verdad de la pareja parental, o bien como objeto del fantasma materno, siendo allí presa de todas las capturas fantasmáticas.

Mientras juega su juego, el niño pone en juego un saber. La posición del analista demuestra allí la presencia de un juego en serio, al brindar un estatuto de verdad a lo que se juega en su mentira: toma

como punto de referencia la relación primordial del sujeto con el significante, “constituyente tanto en la instauración de la experiencia analítica como en la función radical del inconsciente” (Lacan, 1964/2010, p. 144). La atribución de un carácter de verdad a la mentira plasmada en un marco de ficción, permite abrir un punto de división, que una vez presente en el propio sujeto, permiten al analista formular “*tú dices la verdad*”, dimensión donde la interpretación toma su sentido. El sujeto, se ve y se mira desde el Otro. Desde allí habla y constituye su mentira verídica que esboza “lo que a nivel del inconsciente participa del deseo” (Lacan, 1964/2010, p. 151).

Cuando el niño enuncia un descubrimiento, que al mismo tiempo se anuncia como decepción, devela su llegada a un punto de encrucijada, que al transitarla, indica la apertura de su análisis: ¿qué insondable decisión se precipita en el niño? Aceptar la partida de juego con la entrada en análisis, enuncia para este niño un dejarse tomar en un dispositivo que por primera vez se sostendrá a un margen del deseo materno y los imperativos del Otro. Vez a vez, el niño pone su deseo en juego para corroborar si su analista sabe o no sabe sobre su goce. En cada ocasión, se trata de que sostenga un enigma posible. Incluso lo expresan en una pregunta particular: “¿cómo un analista usará su profesión en mí?”; “¿cómo sabe?”.

El Saber del Niño Freudiano

La infancia que se descubre en el análisis del adulto, se conforma de jirones y recuerdos a los que Freud (1899/2005) dio el atributo de encubridores. Su valor resulta cuestionable, enigmático, y es frecuente que se retenga lo indiferente y caiga en el olvido lo importante. Existe una tendencia a considerar natural esta falta de recuerdo para las impresiones infantiles, dado el estado, menospreciado como rudimentario, de la actividad anímica del niño. Sin embargo, el mismo Freud aclara que el niño nos muestra una enormidad de operaciones anímicas de suma complejidad en sus comparaciones, razonamientos y en la expresión de sus sentimientos. El aspecto trivial o la aparente inocencia de los recuerdos del niño, tanto como los del adulto, responden a mecanismos psíquicos que producen el

desplazamiento del elemento importante, sofocado, al aparentemente trivial. Estos encierran, según comprueba Freud (1899/2005) una “insospechada significatividad” (p. 302).

Entonces, ¿cómo proceder ante lo que en el discurso del niño se interpreta como mentira o error? El analista, por su parte, sigue la indicación técnica de analizar todo cuanto surja como material y cuidarse de comprender demasiado a prisa (Freud, 1909/1992). La desestimación de los miedos, fantasías y ocurrencias del niño por parte del adulto, revela la más falsa ilusión de dominio y saber absoluto de éste sobre aquel. Sin embargo, “la neurosis no dice nada tonto” (Freud, 1909/1992, pág. 25). Según Freud (1909/1992) “insultamos siempre que no comprendemos algo, como un modo de facilitarnos la tarea” (pág. 25).

En la construcción del caso Juanito, Freud (1909/1992) se cuida de conservar toda “la ingenuidad y la sinceridad infantiles” (pág. 8). Ubica al niño como un investigador nato, que recoge los restos de lo visto y lo oído, y frente a él se da el gusto de “saber leer” (Lacan, 1956/2008, pág. 323) la lógica significante que luego construirá el complejo de castración. Éste, es introducido por Freud como un peligro cuya construcción el pequeño realiza a partir de las más leves indicaciones, hasta alcanzar “grandes discernimientos conceptuales” (Freud, 1909/1992, pág. 10).

Resulta ésta una indicación clínica relevante ya que el saber que se construye en la sesión analítica con un niño supone un analista que, en tanto Otro barrado, se desaloje de una posición de saber. Provocar o aguardar la emergencia de significantes a partir de las ficciones que construye el niño, despierta, si allí no estaba, un apetito de saber que, como ubica Freud, motoriza en el niño una vocación investigativa dirigida al descubrimiento. Para Freud (1909/1992), “apetito de saber y curiosidad sexual parecen ser inseparables entre sí” (p. 10) y en el proceso investigativo que corre por su afán a partir de observaciones, inferencias y deducciones, se encontrará produciendo errores, tras los cuales, se esconden las “piezas de discernimiento correcto” (Freud, 1909/1992, pág. 12).

La investigación sexual infantil de la que resultan las “teorías sexuales infantiles”, devela el temprano deseo de saber por parte del niño. La pulsión de saber tiene según Freud una motivación práctica más que teórica: se interesa en los problemas inconclusos de la vida sexual: primeramente, la diferencia sexual anatómica, luego, de dónde provienen los niños. Sin embargo, ésta resulta destinada al fracaso: el niño abandona la búsqueda porque desconoce los elementos fundamentales intervinientes en la procreación. Según Freud (1909/1992) “a pesar de sus grotescos errores, da cuenta de una comprensión del funcionamiento de la sexualidad, de grávidas consecuencias en el desarrollo de la neurosis y su relación con el desarrollo de las facultades intelectuales de los niños” (pág. 176).

Algo en torno a la vida sexual infantil es siempre “pasado hábilmente por alto o desmentido adrede” (1909/1992, pág. 8). No en pocas ocasiones emerge la encrucijada de decidir, en el sentido de la razón, si lo que ese niño expresa se corresponde con lo que comúnmente define la realidad. En el análisis de Juanito, Freud (1909/1992) muestra el hecho de que “cierta figuración de lo sexual por objetos y relaciones no sexuales, llega hasta esos primeros años, en que recién se empieza a dominar el lenguaje” (Freud, 1992, pág. 176).

El hecho que interesa radica en que Freud define al niño como un investigador, uno que construye un saber propio articulando significantes en hipótesis que lo acercan a provisionarias respuestas, las mismas que en la práctica analítica aportan la marca que permite ubicar paso a paso el momento para realizar los esclarecimientos (Freud, 1909/1992).

Esclarecimientos, ¿en qué sentido? Si a partir de Freud el saber se construye en el niño como la larga ruta de un minero hacia la piedra, ¿qué ocurre cuando los esclarecimientos se articulan como aportes de saber provenientes del analista, o del Otro encarnado en lo social, lo jurídico, lo educativo o lo familiar? Aquí ofrece resguardo la indicación freudiana según la cual, al estilo de la banda de Moebius, no es posible determinar de qué lado se encuentra la verdad. Un entre-dos se teje en un mismo hilo como posibilidad de una clínica en transferencia. La noción se vuelve aún más compleja al considerar la

presencia de otros, que durante el transcurso del análisis del niño, entretujan la transferencia con múltiples cordeles.

Sujeto Supuesto Saber

En Freud emerge la alerta sobre una cuota de saber y de verdad presentes en el niño, que el adulto no tendría derecho ni justificación para desestimar: hay un saber no sabido sobre el funcionamiento significativo, demostrando cómo Juanito parece trasponer al mundo real su mundo pulsional, facilitándose la comunicación con referencias externas y cotidianas de aquel. En este saber que construye, da cuenta claramente de un saber no sabido sobre la pulsión. A pesar de esto, el padre de Juanito, como el adulto en general, busca sacar mentira o verdad en las palabras del relato del pequeño. Para su sorpresa, el niño lo rebate poniéndolo en la cuenta de que conoce muy bien que lo que él dice tiene existencia material de lenguaje, más allá de que las pruebas se busquen en la realidad. Así, aclara saber que no existen las jirafas arrugadas, y que simplemente, lo ha creído (Freud, 1909/1992).

Un diálogo entre Juanito y su padre, dibuja el escenario del deseo incestuoso, y lleva al padre de Juanito a inducirle que ha sentido miedo. Juanito, responde a su padre: “Tú sabes todo, yo no he sabido nada” (Freud, 1909/1992, p. 75). El recorte demuestra el interjuego de posiciones que parece indicar una lucha por quién sabe más. Sin dejar de advertir el espejismo imaginario al que remite el término, es necesario sanjar la hiancia entre el saber del Otro y el saber como emergencia del sujeto, portadores de los verdaderos esclarecimientos. Este niño freudiano interrumpe, explica y da lecciones a su padre sobre su autorización, como sujeto, a reconocer su deseo, y cómo Freud (1909/1992) parece atribuirlo al hecho de una entrada en análisis:

Con un golpe audaz, Hans se ha apropiado de la conducción del análisis, pues los padres vacilaban en darle los esclarecimientos que eran procedentes desde hacía mucho tiempo; y en una brillante acción sintomática comunica: “Vean ustedes, así me represento yo un nacimiento (...)

Su insatisfacción, su desconfianza y su mejor saber se aunan en una soberbia parodia que en sus últimas palabras se eleva a clara alusión al nacimiento de la hermanita. (p. 72)

La suposición de saber se da en una doble vía que va de analizante a analista, y de analista a analizante. Como concepto, se introduce en 1961 con la particularidad de ser un saber que no es asignable a ningún sujeto en particular, sino que es definido en la intersubjetividad. Más adelante en la obra, Lacan (1967/2012) cuestionará la idea de intersubjetividad, siendo definida ya como un escollo a la transferencia. Lo que ésta mantiene como pivote es al sujeto supuesto saber como función que se articula en base a una suposición que nos es constitutiva: en algún lugar, alguien sabe. Este punto resulta central al permitir diferenciar que no se trata de que el analista sepa con respecto al sujeto nada, sino que se trata de que pueda encarnar la función cuando este lo ubica allí, suponiendo que sabe sobre el sentido oculto de sus palabras, la significación que él mismo aún no encuentra. La suposición de saber es la oferta dirigida (Lacan, 1969-70/2008) al sujeto, nacida del deseo del analista, que le permitirá experimentar la hiancia que en tanto sujeto lo define, dividiéndolo entre saber y verdad (Lacan, 1966/2009).

La Ignorancia Como Pasión

La ignorancia como pasión del ser hablante (Lacan, 1973/2012) ubica uno de los elementos constitutivos de la transferencia, y delimita la posición inicial de nuestro sujeto. Allí se ubica el lugar desde donde se revelará el inconsciente en el campo que se configura como un saber que no se sabe. El sujeto se sirve de la transferencia como el escenario para poner en acto su ignorancia, porque la verdad sobre el goce es lo imposible de decir. En su ignorancia, el sujeto se coloca en una relación a la verdad. La pasión de *su* ignorancia en tanto ser hablante radica en ese más allá de la mentira o la verdad de lo que expresa en su lugar de síntoma.

Sujeto, Dividido entre Saber y Verdad

En “La ciencia y la verdad”, Lacan (1966/2009) introduce el estatuto del sujeto para el psicoanálisis. Dirá que se caracteriza por una *Spaltung*, una división singular producida por la incidencia

del significante. El sujeto del inconsciente se funda y se corrobora en la práctica por lo que se expresa de un saber que no se sabe, emergente entre las puertas estrechas del *cogito*. Así, saber y verdad convergen en una división que debe acompañarse, para su aprehensión, del modelo topológico que brinda la figura de la banda de Moebius. Esta representación topológica es el soporte estructural del sujeto como divisible. En ella, aquello que podría presentarse como distinto y separado, converge, y es desde esta perspectiva que esta investigación se plasma.

El estatuto de división del sujeto se evidencia en la práctica clínica en el síntoma, como representante del “retorno de la verdad (...) en la falla de un saber” (Lacan, 1966/ 2009, pág. 227) Lacan, destierra que se trate de una cuestión de error o defecto de representación, y lo plantea como un desafío a las astucias de la razón. Articula el síntoma con la verdad planteando que ambos están hechos del mismo material, están hechos de significante, lo mismo por lo cual esa irrupción de verdad se mantiene igualmente borrosa.

Sobre el estatuto del saber para la práctica analítica, encuentra con Lacan (1969-70/2008) que no es seguro que un saber se sepa, y si cae en el campo de lo seguro, insta a los analistas a colocarlo en el banquillo (Lacan, 1969-70/2008). Esta idea nace con la reestructuración del saber producida a partir del *cogito* cartesiano y la duda puesta sobre él. Modifica radicalmente la posición del sujeto, donde cada nueva estructuración del saber comanda una relación específica con su verdad. El niño “pequeño investigador ha hecho muy temprano la experiencia de que todo saber es un fragmento y de que en cada estadio queda un resto no solucionado” (Freud, 1909/1992, p. 83). Un saber no-todo lacaniano, y una verdad como acontecimiento evanescente que sólo con agudeza es posible atrapar. La articulación de saber conduce al infinito porque la articulación significante se vuelve infinita bajo el deseo de atrapar la verdad.

Al sujeto se le supone un saber, y producir un vaciamiento o desconsistencia de ese saber que ubica como el verdadero, es a lo que apunta la praxis analítica. El psicoanalista cuenta con la técnica de la escansión que produce el corte, y que se dirige directamente a entender cuál es la parte de ese discurso

que encierra el término significativo (Lacan, 1953/2009). Incluso la esencia del sujeto es ese corte que hace que desaparezca en relación a determinado saber, aunque se lo espere luego a que reaparezca determinado por uno nuevo. La interpretación verdadera es, en este sentido, aquella que deshace el síntoma. Lo paradójico del corte radica en que deshace al sujeto, en tanto sujetado a determinado saber ubicado en el lugar de la verdad, sostén del axioma fantasmático y el síntoma. La puntuación novedosa y sorpresiva permite liberar al sujeto del sentido que goza en él, anclando en esta dimensión el saber en tanto medio de goce (Lacan, 1969-70/2008).

Ubicar el saber como el goce del Otro, se corresponde a una articulación lógica, y se dirige a especificar el punto de límite que constituye el goce con respecto al saber. Uno se vuelve imposible de atrapar por medio del otro.

El Discurso y su Estructura: El Más Allá de las Palabras y el Armado de Ficción.

En “El reverso del psicoanálisis”, Lacan (1969-70/2008) define a la experiencia analítica como una “experiencia de discurso” (p. 14), donde algo se estructura más allá de la palabra, más no sin la estructura del lenguaje. Es a partir de ella que se establecen relaciones estables que permiten la inscripción de algo mucho más amplio, que va más allá de las enunciaciones efectivas. En este sentido, para encontrar al sujeto detrás de ese *fading* del saber, se inicia la partida hacia un más allá de él (Lacan, 1968-69/2008). Esta dirección se vuelve necesaria para intervenir sobre la debilidad por un llamado permanente al sentido, que se presenta siempre escapista de la verdad, delimitando al mismo tiempo, su campo.

Sostener una estructura de discurso, implica poder ubicar lugares y elementos que permitan ir más allá del malentendido de la mentira o la verdad. El desafío se presenta al tomar las ficciones que se despliegan en el trabajo analítico como un elemento que se inserta en una estructura que habla más allá de las palabras que se articulan en el relato. Por ejemplo, en el *Fort-Da*, primer juego instituido en la lectura

analítica, Freud muestra el nacimiento de la lógica significativa que debate al sujeto en una dialéctica con el goce.

Dice Lacan (1953/2012): “¿qué hace este niño con este objeto sino abolirlo cien veces, hacer de esta abolición su objeto? Es probable para que cien veces renazca su deseo” (p. 177). Asesinar la cosa para hacer desaparecer, sobre el fondo de ausencia, todas las presencias. Con el simbolo es con lo cual el niño hará presente lo ausente: “¡Vete!”, le lanzará él a su amor para que vuelva, “¡Pues Ven!”, se sentirá forzado a murmurarle a aquel del cual él ya se ausenta” (Lacan, 1953/2012, p. 177).

Resultados

Lacan presenta de modo categórico que en la anamnesis psicoanalítica, no se trata de realidad sino de verdad. Aproxima a una distinción entre la verdad y la realidad, entre lo que adquiere estatuto de experiencia presente o pasada, habilitando el pasaje de una objetivación a una resubjetivación de los acontecimientos de vida del sujeto. Elige como medio la palabra para conferir un sentido a las funciones del individuo, pero tomando su dominio en el discurso concreto ya que allí es donde se desarrolla la realidad transindividual del sujeto, y constituye “la emergencia de la verdad en lo real” (Lacan, 1953/2009, p. 250). La verdad constituye, así, la dimensión esencial de la experiencia psicoanalítica en tanto para Lacan, no tiene otro fundamento que el de la palabra.

El inconsciente puede entenderse metafóricamente como un capítulo de la historia censurado, marcado por un blanco u ocupado por un embuste. Pero la verdad puede volverse a encontrar ya que se encuentra escrita en otra parte: en el cuerpo, en los recuerdos de infancia, en las acepciones del vocabulario, en las leyendas que vehiculizan su historia. El niño no solo se presenta a través del relato que el otro parental nos entrega, en muchas ocasiones referente a estos estadios orgánicos; sino que el niño mismo, desde el momento de entrada en el dispositivo, se ve frente a la posibilidad de asumir una historia particular. Los hechos que interesan al psicoanálisis son los “hechos de historia” (Lacan, 1953/2009, p.

253) que colocan al sujeto mucho más allá de lo que el individuo experimenta subjetivamente, “tan lejos exactamente como la verdad que puede alcanzar” (Lacan, 1953/2009, p. 256).

En la palabra se asume un compromiso, incluso aunque sea una mentira. Ella “condiciona todo cuanto surge en el discurso, en el cual incluimos actos, gestos, y contorciones de las marionetas presas del juego, el analista incluido. Se trata de “un juego de transformaciones” (Lacan, 2009, p. 79). ¿Qué busca un analista? Evitar el engaño acerca de la verdadera significación, y adentrarse en su registro antinómico a la referencia, al haber comprobado en la experiencia que ella incumbe al sujeto. Otra parte de esta encrucijada supone la apuesta a sostener esa hiancia.

Lo inconsciente se revela en una estructura que es de lenguaje, donde condensaciones y desplazamientos permiten, bajo un fondo de ignorancia (Lacan, 2007, p. 285) para el sujeto, anunciar la verdad sobre el deseo que se escapa entre las palabras mentirosas o equivocadas. La ambigüedad y la mentira se encuadran siempre en el marco de la sospecha, indicando la presencia de la dimensión de la verdad. Así, su búsqueda no sigue el camino de la certeza, no se encuentra allí el sujeto (Lacan, 1964/2010). Se trata entonces de ubicar una parte del saber hacer como aquel que se dirige a revelar cierta verdad inscrita en el engaño que presenta la palabra del analizante (Lacan, 1956-57/2008).

El engaño, que como deseo se le imputa al niño en sus mentiras, se sitúa en un registro distinto al del enunciado: el de la enunciación y del sujeto, registro que implica al Otro. Cuando el interlocutor exclama “¿Por qué me mientes?”, es al Otro como testigo y lugar de la verdad a quien apela. Es en el Otro donde se inscribe la dimensión de la verdad, pero sin que por ello se encuentre allí a ningún garante último de esta verdad. La intervención del analista no se dirige al “yo” que se afirma en el enunciado, sino que debe interesarse en el sujeto de la enunciación, de tal modo que el analizante pueda oír de retorno su mensaje como un “te engaño” y la puntuación del analista como “dices la verdad”. Es la revelación, en la transferencia, del engaño inconsciente la que produce aquí un efecto de verdad.

El psicoanálisis habita una encrucijada al poner de relieve la “singular ambigüedad del saber y la verdad” (Lacan, 1954-55/2008, p. 14). Respecto a ellos se ubica una dialéctica conjunta y disyunta, donde sólo es posible aprehenderlos considerándolos en tanto dos términos heterogéneos y topológicos, que se entretejen en un pasaje de uno a otro, en la revelación de algo no sabido al campo de la verdad, o la posibilidad de la aprehensión de su irreductibilidad, lo que funcione como causa de un pasaje al campo de la invención de un saber-hacer.

La realización de la verdad del sujeto (Lacan, 1953-54/2001) es el campo que habilitó la investigación freudiana desde su inicio, resguardando su originalidad respecto de la noción misma de realidad. De allí que en la práctica analítica el trabajo se articule de entrada con la categoría de lo verdadero que se ubica en un más allá de la verdad, al reconocer en el modo de trabajo que es característico con un niño, que la metáfora pierde su dimensión metafórica, ya que se opera en el dominio propio de la metáfora (Lacan, 2009).

Desde el lugar de practicante, el analista no se dirige a proporcionar ninguna verdad reveladora de ningún deber ser del sujeto. La verdad, simplemente es “cuando el analizante la realiza” (Lacan, 1950/2012), y nunca podemos forzarla tomando la palabra en su lugar. Lacan (1969-70/2008) ubica a esta verdad como un efecto del discurso, en un empuje que produce el salto por fuera de la alienación. En su seminario 17, sitúa el valor de la revelación como lo que se vuelve legible cuando se despliega.

Según Lacan (1950/2012), es la verdad la noción a la luz de la cual nuestra práctica presenta sus frutos. Ella se encuentra por la vía de aquello que se resiste, se oculta o se vela, siendo la palabra el medio para su revelación, o incluso más allá de ella, como revelación de una estructura de discurso. Para Lacan (1957/2009), si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, “la verdad está estructurada como una ficción” (p. 423) no remitiendo a un carácter de falsedad, sino ubicando un sentido que se revela más allá de los elementos presentes en ella. El inconsciente mismo se enmascara en la representación (Lacan, 1967/2012).

Esta investigación nació de un punto de falla en el saber propio con respecto al modo de dirección en situaciones clínicas que significaron, en el devenir de la formación, verdaderos puntos de interrogación que derivaron en ubicar una falta de conocimiento. Sin embargo, tal como pretende demostrar el presente trabajo, el saber que resulta fecundo en la praxis del psicoanálisis se corresponde con otro orden de cosas.

El mismo recorrido en la elaboración de las nociones permitió aprehender la operatividad de su lógica y la imposibilidad de aquello que nombra como el todo. El arribo a respuestas que por su carácter parcial, permiten continuar el trabajo con más claros puntos de referencia, es poner a operar una noción del saber y la verdad.

Este punto de falta en lo simbólico y en lo real se hacen presentes en el abordaje con el niño. En el enfrentamiento al Otro que busca que la cosa marche, el analista, en acto, suspende el saber, pero juega con sus semblantes cuando esa sea su posición conveniente. Incluso a veces, que nada sabe.

Efectivamente, nada sabe, sobre el sujeto. Su lugar de objeto causa no refleja más que un deseo que pone al sujeto frente a una apertura de su saber. El niño, pone entre las redes al analista con sus preguntas. Es evidente que quiere saber sobre ese Otro que “lo hace hablar”, instalándose en la dimensión del deseo.

El trabajo realizado reencuentra a su final un nuevo punto de partida, que sin embargo, conserva los mismos elementos por comprender que estas nociones, ante la imposibilidad de definirse de manera certera y aplicarse desde los referentes del Otro, resultan operativas, en su ambigüedad, al trabajo analítico. El niño, que no usa particularmente el engaño y la mentira, al dar cuenta de que estos no son el resultado de su aún inconcluso crecimiento, simplemente se constituye en sujeto analizante por darse nacimiento al campo del lenguaje. Ubicar el deseo al servicio del análisis con niños, corrobora en la práctica, que su presencia en el dispositivo, presenta desafíos al analista cuando lo fuerza a comprobar que el saber y la verdad están en la estructura. Nunca el saber presenta más desafíos que en el trabajo con un niño. Nunca la verdad se esconde más al analista, quien debe mojarse en el barro de aquello a lo que

llamamos estructura de lenguaje. Sin estar advertido sobre esto, cae en el delirio del sentido y la psicopatologización.

Discusión

Ambigüedad, Valor del Sujeto

La verdad, se aprehende como un valor que responde a la incertidumbre (Lacan, 2009, p. 86) a causa de la cual la pasión de su búsqueda anima las reglas del moralista haciéndola relativa a las murallas de su torre. Interesarnos sólo por el acto de saber, mutila y no deja de tener, para el viviente, crueles consecuencias. Desde su nacimiento el psicoanálisis debatió el desprecio por la realidad psíquica, que Freud derribó en su acto fecundo. Animó para siempre la humildad necesaria para entender que los caminos por los que se descubre la verdad en su valor de incierta, son insondables. No se corresponde con un dato que podamos reducir a ninguna especie de objetivación sino que se capta en la dialéctica (Lacan, 1950/2009). La verdad de lo verídico, no es la “verdad última” (Lacan, 2009, p. 218), reconocimiento que sume en el campo de su ambigüedad. Ella misma hace fecundo el discurso de la histeria, siempre provocador y descreído, hasta Freud. En él, fue descubierta la revelación de un pasado entre imaginario y real que no es mentiroso, sino que presenta el nacimiento de la verdad en la palabra.

La ambigüedad intrínseca que habita la verdad es el fundamento del valor del trabajo analítico, aquello que aún lo salva de ser solamente un código (genético). En todo caso, el planteo provechoso reenvía a evaluar, en tanto analistas, cómo equivocarse ese código, tal vez en el acto de corte de algunas de sus tramas para hacer emerger allí, nuevamente, el valor del sujeto. La referencia lacaniana indica que es en esa misma ambigüedad donde radica el fundamento de la división del sujeto. Es el lenguaje que con su presencia posibilita el nacimiento del ser hablante, el que deja las cosas en una hiancia, por la que siguiendo su hilo nunca se hace más que trazar su contorno (Lacan, 1969-70/2008).

Ficción: Valor de Verdad, Lógica de Estructura

Es la ficción que permiten las producciones del niño, aquello que en acto bordea el sentido y permite cercar aquello del goce que no se atrapa vía el sentido común. Introducir una lógica de comprensión vía la razón de las cosas, genera los engaños que en el sujeto funcionan como pasión (de búsqueda incansable en un mar de sentido, y de padecer en los confines del goce). En la práctica esto se evidencia, a veces con mayor claridad, otras con la mayor de las oscuridades para el analista.

La ficción del juego del niño, que en una otra escena permite jugar lo real indecible, revela la verdad que se esconde porque se desconoce, es decir, no ha emergido. La desconoce y en esa pasión de la ignorancia trabaja con un saber suelto, pero articulado. La verdad solo revela un “ordenamiento de ficción” (Lacan, 1955/2009b, p.29) mostrando que aquellos significantes por recoger, decantan del pasaje del campo de lo exacto al registro de la verdad. La verdad se escapa, revelando en ello, de ella, lo más verdadero. El niño debe ser escuchado en el momento en que habla preso de su verdad evitando el extravío del analista en la idea de lo que lo extravía.

Amor a la Verdad, Incurable de la Verdad

¿Se puede amar la verdad? Lacan ironiza sobre el amor a la verdad y levanta guardia contra un amor que solo recaería sobre las manifestaciones sintomáticas de la verdad, sin renunciar al goce que estas procuran, anclando con ello en la impotencia (Lacan, 1969-70/2008). A su término, la cura debería desembocar en una verdad incurable que ella establece, colocando un saber en el lugar de la verdad. La interpretación analítica encuentra en el medio decir su eje para hacer funcionar su saber como término de verdad. Esa es, según Lacan, la función del psicoanalista: aprehender de la imposibilidad de cerrar el agujero de la falta. Incompletud del Otro que implica, también, la del sujeto.

La orientación se dirige entonces hacia una progresiva degradación de esa palabra para que “el efecto de verdad resulte de lo que cae del saber (...) en la aprehensión de que llegamos a saber de ella

sólo un pedazo” (Lacan, 1970/2012, p. 466-467). Pues de la verdad no puede aprehenderse todo. Entre 1972 y 1973, Lacan ubica a la verdad entre una pretensión y su imposible realidad. El origen jurídico del término apunta a ese ideal según el cual una confesión podría plasmar toda la verdad, y en él es donde el sujeto encuentra su imposible tal como se configura atrapado en el engaño del lenguaje.

La práctica analítica opera desde sus inicios en base a la suposición fundamental de un sujeto que guarda un saber no sabido sobre su padecimiento, y que el soporte para la revelación de la verdad es la palabra. Así, el derrotero al que enfrenta en el acto de ponerla a hablar, puede llevar al analista a habitar en ese ideal que la implica al final. No se aprehende más que en sus destellos, girones de saberes siempre incompletos y el ejercicio de su descubrimiento sólo habilita el intento de cernirla a condición de no extremarla.

Que lo verdadero apunta a lo real, es un enunciado fruto de una larga reducción de las pretensiones a la verdad. Cada vez que la verdad (...) se afirma como un ideal cuyo soporte puede ser la palabra, no es cosa fácil alcanzarla. En cuanto al análisis, si con una presunción se postula, es ante todo la siguiente: que puede constituirse a partir de su experiencia un saber sobre la verdad. (Lacan, 1972-73/2008, p. 110-111)

Con múltiples velos habla a través de las formaciones del inconsciente, entre ellas, los síntomas. Buscar la verdad de los síntomas es, según Lacan, tener la verdad como causa, en su dimensión de causa significativa. En el seminario “Los cuatro conceptos fundamentales”, Lacan (1964/2010) coloca nuevamente la causa en lo que cojea, es decir, ubica la insustancialidad de lo que se habla o se escribe, constituyendo el agujero.

El analista hace oír al analizante la verdad de su decir, y es él quien encuentra un efecto de verdad fundamental para el progreso de la cura que de todas maneras culmina en un velo irreductible, y es justamente el carácter de lo irreductible lo que nos condena a un medio decir (Lacan, 1969-70/2008). Pero el analista no se detiene en esta comprobación y la verdad deviene entonces el reconocimiento de un real.

Lacan (1973/2012) dirá que “decirla toda es imposible, materialmente: las palabras faltan para ello. Incluso por ese imposible la verdad es solidaria de lo real” (p. 535).

Lo Ex-sistente al Saber

La práctica analítica causa un trabajo de descentramiento respecto a saberes ya instituidos para que se produzca la apertura al campo del saber. El sujeto mismo surge como excéntrico respecto del individuo, cuando se corrobora que habla su verdad desde otro lugar que no es aprehensible a través de un saber ligado por ninguna coherencia formal. La *episteme* se muestra en falta ante la imposibilidad de abarcar todo el campo de la experiencia humana. Según Lacan, de lo que se trataría es de definir de qué coherencia se trata y qué especie de ligazón supone (Lacan, 1954-55/2008, p. 33), a saber, una ligazón simbólica en el surgimiento de la palabra.

El inconsciente cifra un saber del cual el sujeto puede descifrarse, ocupar un lugar ex-sistente ante la insistencia de la cadena significativa que comanda la relación primaria del saber con el goce. La particularidad radica en que el goce es eso imposible de decir, y el modo de abordaje posible se descubre en su interpelación, como algo que se evoca o elabora a partir de los semblantes. Es respecto a ellos que Lacan ubica al objeto *a* como afín a su envoltura, de allí la suspicacia que indica que el modo indicado es a conformarnos, vez a vez, con una “verdad congruente” (Lacan, 1972-73/2008, p. 113), al estilo de una solución elegante.

¿Qué persigue el análisis? Desterrar el ideal que supone un progreso de la verdad por la vía de la preservación de la función de lo indecible. Aquí radica la paradoja de encontrar lo que hay que evitar: más saber ante el intento de su degradación. Se instaura un lugar de hiancia, lugar entre dicho que es operativo para advertir que el saber será siempre insuficiente para decir toda la verdad. Todo cuanto de realidad está permitido abordar, aquello que busca como verdad, se atrapa a partir de una ilusión, de un señuelo, queda enraizado en el fantasma. El analista en tanto semblante de objeto *a*, está en la posición más conveniente para “interrogar como saber lo tocante a la verdad” (Lacan, 1972-73/2008, p. 116).

Poner en juego una espera atenta y no pasiva, propone un desafío ante la prueba de tolerar la falta, siempre fecunda, en los destinos de la verdad. Las familias, por su parte, habitan en la urgencia suscitada por la falta de saber sobre eso que se haya en la causa de lo que los niños padecen. Buscan así en los sustratos más concretos aquello que dé las respuestas certeras. La ciencia y sus decálogos del saber, demuestran en este punto que el avance se produce en el conocimiento, más no en la apuesta por la subjetivación que permite la lectura del saber que localiza una verdad para cada sujeto. La lengua bien hecha, hacia la que empuja su progreso, no hace más que avanzar en el sentido de “una lengua privada de toda referencia a una voz” (Lacan, 1953-54/2001, pág. 385). Esa privación al sujeto del dominio de su verdad se erige en complicidad con un discurso científico que se cierra sobre sí mismo y produce el desdibujamiento del niño en tanto portador de la palabra. La paradoja más llamativa, radica al interior del discurso de la ley, que se perfecciona en favor de tal derecho pensado para el mayor bien del sujeto.

El Peligro de la Objetivación

Cada niño requiere de un analista despierto que no se deje adormecer por el sentido y la palabra que habla verdad. Corre en esa instancia el peligro de capturar al niño en una objetivación y así, redoblar su alienación (Lacan, 2009). Este peligro es un alerta permanente en el trabajo con un niño. La práctica clínica puede encontrarse vez a vez con el desafío de no dejar caer al niño en la categoría de un objeto. También, debe jugar la partida apuntando con su deseo a dejarlo caer de ese lugar, cuando siendo objeto, no es sujeto.

El niño, objeto privilegiado desde su nacimiento en el campo del Otro, se vuelve objeto por partida doble al ser el depositario de saberes y obligaciones (Daumas, 2008), al ser tomado por los significantes del Otro social cuando estos olvidan que aquel por quien hablan, también dice. El mismo nacimiento del psicoanálisis con niños conoció ya ese reproche que ubica al *infans* en una no capacidad de palabra y portador de un yo débil, y que actualmente queda ubicado como el mayor sujeto vulnerable. Reencontrar estas lecturas invita a la causa de Lacan (1958/2009), cuando denuncia la reducción de la

impotencia del analista al “ejercicio de un poder” (p. 584), o bien, a lo que decanta en llamar el ejercicio de un saber.

El Niño, Analizante.

Un niño puede llegar a su consulta como víctima del saber del Otro para luego convertirse en artífice de un saber sobre su goce. Sus producciones, entendiendo allí el juego, el dibujo y sus distintas expresiones, son tomadas en tanto significantes que responden al campo del lenguaje, y por ello, pueden ser leídas a través de una lógica que lo instituye como sujeto analizante. En la práctica analítica, creer al niño no implica un acto de fe, sino de apuesta que se lanza con las coordenadas del deseo del analista.

Sanjando un corte con la concepción del niño como carente de palabra en la escena de un desarrollo insuficiente, la invitación es a que pueda preguntarse por el significante que se encuentra en la causa de su goce. El sujeto está siempre representado, pero la paradoja es que (...) no sabe en cuál (Lacan, 1969-70).

El saber con el que opera el analista corresponde a un saber-hacer que produce desdoblamiento en el acto de introducir, en el circuito del discurso, los saberes propios de quien allí se presenta sobre aquello de lo cual padece. Un agujereamiento de los saberes que gozan al niño pone en evidencia que el efecto significante causa la caída de una verdad, habilitando el juego entre lo inexacto y los efectos de verdad (Lacan, 1958/2009). Ese sujeto supuesto saber ofrecido al niño (Lacan, 1969-70/2008) abre la posibilidad de un efecto sujeto en él. Primer acontecimiento significante que se inaugura a partir de la experiencia freudiana del *Fort-Da*.

Para que el juego del niño sea tomado en la regla fundamental, requiere la presencia de un analista que lo introduzca en la lógica significante para que descubra lo verdadero en un más allá de las palabras que pueda pronunciar. El sujeto se sirve de sus ficciones, las ofrece al desciframiento cuando en transferencia se dirige al analista. Allí, “dice más de lo que quiere decir, siempre dice más que lo que sabe que dice” (Lacan, 1953-54/2001, p. 387). El complejo de Edipo freudiano es también una ficción, en cuya

función de creación de la verdad, el psicoanalista se sirve para comprender según Lacan (1956-57/2008), el proceso por el cual el sujeto inscribe la castración.

La definición de la verdad estructurada como una ficción (Lacan, 1959-60/2007, p. 22) es efecto de un vuelco revelador a partir de la experiencia freudiana, cuando acepta la partida en la dimensión de la verdad a partir de su *proton pseudos* (De Castro Korgi, 2016). Freud (1897/1986) sostiene la “evidencia cierta de que en lo inconsciente no existe un signo de realidad de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción poblada con afecto” (p. 284). Así, “lo ficticio (...) no es por esencia lo engañoso, sino (...) lo que llamamos lo simbólico” (Lacan, 2007, p. 22).

La entrada en el tratamiento analítico, supone siempre partir de la palabra. Allí, el niño es restituido a su condición de sujeto por el efecto producido en la suposición de un saber y la posibilidad de acceder a él es a través de la palabra que se transforma en llamado más allá del vacío de su decir. Tésera de una significación que aunque niegue las evidencias, afirma en su acto la verdad, “aunque esté destinada a engañar, especula sobre la fe en el testimonio” (Lacan, 1953/2009, p. 245). El efecto sujeto que propicia el analista permite al niño despojarse de los saberes Otros, y lo introduce en “operaciones que son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real (...) acepta una posición más constituyente en sí misma que todas las consignas con las que se deja engañar” (Lacan, 2009, p. 250).

Conclusiones

El alcance de las nociones de saber y verdad para la práctica clínica, permite advertir sobre las consecuencias que tiene todo decir, más aún, apuntar a un decirlo-todo. Cada disciplina dilucidará hacia donde dirige su brújula. Para el psicoanalista resulta en una cuestión ética inestimable: debe estar advertido del efecto irreductible y oscuro de llevar la cuestión al extremo (Lacan, 1969-70/2008). La advertencia es sobre el hecho de querer aprehender la verdad con el riesgo de caer en un “lugar común que condena a cualquiera a perderse en ella” (Lacan, 1969-70/2008, p. 200). Nos basta con saber de ella

un pedazo. Y con respecto al saber, él se erige en una intrínseca ambigüedad producto del juego franco de la palabra y del lenguaje, y que se inscriba en el Otro en tanto verdad responde a la búsqueda de dicho fundamento. El analista debe advertir que cuanto más se aferre su búsqueda por el lado de la verdad, más sostendrá “el poder de los imposibles” (Lacan, 1969-70/2008, p. 203).

No se trata en la clínica de hacer entender la realidad y mover al sujeto a funcionar conforme los referentes del Otro ubicados como términos de verdad. “Situarse al sujeto en relación a la realidad y no con respecto al significante equivale a caer en la degradación de la constitución psicológica del sujeto” (Lacan, 1964/2010, p. 148). La condescendencia a un contexto de realidad nada dice del sujeto y reduce la función del significante a la nominación, en cuanto etiqueta que se pega a una cosa, lo cual desconoce la esencia misma del lenguaje (Lacan, 1964/2010, p. 244). Así, la palabra, no degradada a su función de medio, muestra el resorte que sostiene el análisis como técnica de la palabra.

La experiencia del decir de un niño atravesado por una escucha analítica, permite abrir el camino para que un saber Otro pueda tener lugar. La dimensión incestuosa de la que el ser hablante es llamado a desembarazarse, se revela en los adultos cuando ese decir no se presta a ningún interrogante, sino que clausura el decir propio del niño con un decir que dice saber todo sobre él y sus experiencias subjetivas.

Así, en esta conclusión también falta la última palabra (Lacan, 1961-62). Falta la verdad sobre la verdad, la verdad verdadera. Es la gran pérdida a la que se enfrenta el ser humano, con la posibilidad de reencontrar en el psicoanálisis retazos de su historia que armarán el paño de las mentiras. Engaño posible, inevitable, forzado. Es en la enunciación donde se produce la abstracción de algo verdadero que se erige entre los agujeros de ese paño (Bonnaud, 2018).

Referencias

Allier Montaño, E. (2007). El concepto de verdad en Lacan. *TRAMAS. Subjetividad Y Procesos Sociales*, (17), 137-155. Recuperado a partir de <https://tramas.xoc.uam.mx/index.php/tramas/article/view/316>

Bonnaud, H. (2018). El inconsciente del niño. Del síntoma al deseo de saber. Gredos. Edición de Kindle.

Daumas, A. (2018). *La dignidad del niño analizante*. Grama.

De Castro Korgi, S. (2016) "La proton pseudos histérica y la verdad del síntoma". *Desde el Jardín de Freud* 16: 39-52, doi: 10.15446/dfj.n16.58150.

Freud, S. (1893/1992) Estudios sobre la histeria. En *Obras completas*. Amorrortu.

Freud, S. (1897/1986). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)*. Amorrortu editores.

Freud, S. (1899/2005). Sobre los recuerdos encubridores. En *Obras completas*. Amorrortu.

Freud, S. (1901-05/1992). *Obras completas. Volumen 7*. Amorrortu.

Freud, S. (1909/1992). *Obras completas. Volumen 10*. Amorrortu.

Freud, S. (1916-17/1991). *Obras Completas. Volumen 16*. Amorrortu editores.

Lacan, J. (1950/2009) Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología. En *Escritos I. Siglo XXI*.

Lacan, J. (1953/2009). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I. Siglo XXI*.

Lacan, J. (1953/2012). Discurso de Roma. En *Otros escritos*. Paidós.

Lacan, J. (1953-54/2001). *El seminario de Jacques Lacan, Libro I*. Paidós.

Lacan, J. (1955/2009a). Variantes de la cura-tipo. En *Escritos I. Siglo XXI*.

Lacan, J. (1955/2009b). El seminario sobre la "Carta robada". En *Escritos I. Siglo XXI*.

Lacan, J. (1956-57/2008). *El seminario de Jacques Lacan, Libro IV*. Paidós.

Lacan, J. (1958/2009). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2. Siglo XXI*.

- Lacan, J. (1959-60/2007). *El seminario de Jacques Lacan, Libro VII*. Paidós.
- Lacan, J. (1960/2009). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En *Escritos 2. Siglo XXI*.
- Lacan, J. (1964/2010). *El seminario de Jacques Lacan, Libro XI*. Paidós.
- Lacan, J. (1966/2009). Del sujeto por fin cuestionado. En *Escritos 1. Siglo XXI*.
- Lacan, J. (1966/2009). La ciencia y la verdad. En *Escritos 2. Siglo XXI*.
- Lacan, J. (1967/2012). La equivocación del sujeto supuesto saber. En *Otros escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1967/2012). Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1968-69/2008). *El seminario de Jacques Lacan: Libro XVI: De un Otro al otro*. Paidós.
- Lacan, J. (1969/2010a). Dos notas sobre el niño. En *Intervenciones y textos 2*. Manantial.
- Lacan, J. (1969-70/2008). *El seminario de Jacques Lacan: Libro XVII*. Paidós.
- Lacan, J. (1973). *El seminario de Jacques Lacan, Libro XXI. Los no incautos yerran*. Paidós.
- Lacan, J. (1973/2012). Televisión. En *Otros escritos*. Paidós.
- Lacan, J. (1950/2012). Intervención en el I Congreso Mundial de Psiquiatría. En *Otros escritos*. Paidós.